

una mano fratricida ó en una explosión; ¿quién puede saberlo?

Vivimos en una tierra en donde todo puede asaltarnos; estamos listos á entregar nuestra alma después de haber vivido valientemente.

Con un solo momento que tengais para mirar de frente á la muerte, acordaos del Calvario de Jesús expirante y tened solo una palabra para dejar este mundo, que salga de lo más profundo de vuestra conciencia:

¡Oh Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!

Acabando así, dejareis á los que os asisten, á los que abandonais, la alegría de los hijos que van hacia el Padre; el rastro de Dios, un efluvio de perfumes divinos.

Los que se van hacia Dios son un gran lazo de unión: vosotros dejareis más que un rastro de luz, dejareis tras de vos un rastro de virtudes, y tendreis la gloria de morir como Jesús ha muerto, no salvando al mundo—esto pertenece solo á Dios—sino á algunos de los seres que os son caros en el mundo—esta es la gloria suprema de los hijos de Dios.



OCTAVA CONFERENCIA

LOS MEDIOS PRACTICOS DE CREER

EN LA

DIVINIDAD DE JESUS.

Señores:

Al exponeros las dificultades de creer en la divinidad de Jesús,—dificultades inherentes, sea al acto mismo, sea á nuestra propia naturaleza, sea al medio en el cual vivimos,—temo el haberos tenido en suspenso y desalentados quizás.

La vista de los obstáculos entorpece siempre el vuelo y paraliza la acción, y solo es á los seres valientes y de esforzado temple á quienes la dificultad estimula y á quienes el peligro mismo enardece. Pero hablando como yo lo he hecho, he tenido un pensamiento oculto de miseri-

cordia. Yo me decía: es necesario tener piedad de los que no creen y para probar que son dignos de ella, es preciso declarar,—lo que es la realidad—que es difícil el creer. Después contando también con el fondo generoso de la naturaleza humana, yo he pensado: Aquellos que sepan dónde reside la dificultad de creer, sabrán vencerla mejor.

Hoy, Señores, surge una cuestión práctica y vosotros mismos la habeis presentado:

¿Cuál es el medio de creer?

¿Existe este medio? ¿Cuál es? ¿Depende de nuestra voluntad y de nuestra propia energía?

Yo no puedo, Señores, terminar esta serie de pláticas sobre la fe en la divinidad de Jesús, sin manifestaros que existen medios de creer en esta divinidad, medios prácticos que están en vuestras manos y que depende de vosotros el emplear.

Así como la ciencia y la filosofía, la moral y la educación, el arte y la política tienen sus procedimientos y sus métodos, de un modo semejante la fe tiene los suyos. Voy aún más lejos, los procedimientos de la ciencia y de la filosofía, de la moral y de la educación, los métodos del arte y de la política no están al alcance de todo el mundo; no todo el mundo puede aspirar á ser sabio, filósofo, moralista, educador, artista de renombre ó conductor del pueblo; mientras que los procedimientos y los medios de creer, pertenecen á todos, porque todo el mundo puede y debe aspirar á ser creyente.

Hay, sin embargo, entre el Evangelio y las cosas humanas esta diferencia en honor del Evangelio, que las cosas humanas solo son para algunos elegidos—el sufragio universal mismo, por universal que sea—mientras que las cosas del Evangelio son el patrimonio de todos. Voy á demostraros, en efecto, que está en la posibilidad de todos

el ser creyentes en la divinidad de Jesús, desde el momento en que tengan sinceridad de espíritu y rectitud de voluntad.

Cuando hablo de los medios de creer en la divinidad de Jesús, notad que no excluyo,—muy lejos de ello,—esta influencia divina, invisible, sagrada que rodea al hombre, á la humanidad entera, á todas las criaturas y á la que nosotros llamamos en el lenguaje teológico, cuando esa acción se aplica á la humanidad, un socorro divino, sobrenatural, la gracia. Nace esta acción divina, se difunde por todas partes, pero está sobre todo allí y hace sentir su poder aún sin conciencia de los que lo experimentan.

Notad también que yo no quiero dirigirme ni á esos creyentes tranquilos á quienes he comparado ya con los niños dormidos en el regazo de la madre, á esos creyentes para quienes la fe es una herencia piadosa y los cuales habiendo nacido de rodillas delante de Jesús Hijo de Dios, viven arrodillados ante él—el Señor siempre adorado—y morirán abrazando la cruz que nos ha salvado.

Excluyo por eso mismo, á todos los niños, á muchas mujeres, y á muchos cristianos y no dejo ante mí sino á los que se encuentran más ó menos perturbados hoy en su fe, á los vacilantes, á los indiferentes que tengan no obstante la pretensión de reflexionar, de razonar, y á aquellos que deseen conducirse libremente por sí mismos, disponiendo de sus fuerzas y de su vida como un Señor de su patrimonio.

Me dirijo á vosotros, Señores, á quienes conozco bien, porque no es posible haber vivido más de medio siglo, haberse medido, en lo privado de su vida con las dificultades que vienen hoy á combatir la fortaleza de la fé en todas las conciencias inteligentes y libres, no es posible haber así vivido, sin darse cuenta de lo que hay de terrible en

mantener una posición inexpugnable, cuando todo podría trastornarla ó arruinarla, si no reposara en fundamentos que el hombre no puede destruir.

Excluiré no solamente á los niños y á los que tienen la fe tranquila del carbonero, sino á las gentes de mala voluntad: aquellas que tienen opiniones hechas; á la incredulidad beata, al satisfecho adormecido en su incredulidad, espíritu soberbio y vano que nos mide, nos pesa, nos encuentra ligeros y nos ve con protección.

Le excluiré, si lo quiere, pero si quisiere quedarse y escuchar, lo aceptaré aún, con el profundo respeto que tengo siempre hasta para los que atacan no se diga ya al apóstol, sino á su fe.

Y bien, determinado el campo, la cuestión queda tal como yo la he planteado. ¿Existe un medio de creer? ¿Cuál es su naturaleza? ¿Está en nuestro poder?

El medio de creer existe, Señores, puesto que tenemos el deber de creer; es inadmisibile, en efecto, que nos podamos encontrar en presencia de una obligación que nos sea imposible cumplir.

Cualquiera que aspire á creer en Jesucristo con una fé razonada, motivada, tal como la exigen los espíritus que la cultura ha madurado para la independencia y la libertad, debe previamente constituirse en relación personal con Jesucristo como personaje real é histórico. Jesucristo, hijo del hombre, ha afirmado, declarado, enseñado su filiación divina; yo os pido á vosotros los que queréis creer, que lo deseáis, que sentís la necesidad y decís frecuentemente: Quisiera y no puedo; os pido que os pongais en relación personal, directa, con el que ha afirmado, enseñado, proclamado estas cosas prodigiosas, inauditas.

Nosotros lo estamos, decís. Ilusión, Señores. Nó, no lo estais; no conoceis á Jesús—no me refiero al Jesús del dog-

ma, al Jesús que el *Credo* enseña en sus fórmulas sublimes, reasumiendo para los fieles todo lo que él es en realidad,—vos no conoceis al Jesús de la historia, vivo en actividad, predicando, enseñando, sufriendo, perseguido, fundando su obra y su doctrina en su muerte y su sacrificio; vos no conoceis al Jesús de los Evangelios, tal como los discípulos lo han pintado con la sinceridad de su alma y la vivacidad de sus recuerdos á fin de que los siglos guarden para siempre su imborrable é incorruptible imagen.

No pretendo, al decir esto, hacer un reproche demasiado vivo á los letrados—sin embargo de que tendría el derecho;—cuántas veces en mi vida de apóstol me ha sucedido encontrar hombres cultivados, muy iniciados en la literatura de su tiempo, que conocen los libros religiosos ó irreligiosos recientemente publicados en Francia, Alemania y otras partes, pudiendo reasumirlos, analizarlos, pero que no conocen el Evangelio. No lo han leído jamás por completo. Habrán oído lecturas parciales, en su infancia; quizá un poco más tarde, algunos fragmentos cuando asistían á la misa, en las vacaciones, en la pequeña iglesia de su pueblo; esto era todo.

Ahora, Señores, ¿cómo podeis estar en relación directa y personal con un hombre que pertenece á la historia, si no conoció su vida, y cómo podeis conocer la vida de Jesús si no buscáis los elementos en el Evangelio?

He oído á multitud de hombres decir esto: Yo leo el Evangelio, pero no lo comprendo. Surgen dificultades á cada página y no puedo avanzar en su lectura.

Señores, permitid que os responda á esta objeción, diciéndoos que hay tres maneras de leer un libro: con el espíritu crítico, con la imaginación más ó menos sentimental y soñadora, y con la conciencia.

Cuando se lee con la propia inteligencia, es para juz-

gar; con la imaginación más ó menos soñadora, espera distraerse; con la conciencia, espera mejorarse.

Señores, leed el Evangelio, no con vuestro espíritu crítico, no con vuestra imaginación de poetas, sino con vuestra conciencia. Más tarde, razonadores, os dedicareis á la crítica; y vosotros, poetas, á la imaginación y á todo lo que ella puede concebir de bello.

Pero, en nombre de este libro que no tiene igual entre los libros que la humanidad ha producido; en nombre de la nobleza misma y de la sabiduría divina que transpira en cada una de sus palabras; en nombre de la reputación que tiene aún para los incrédulos, os pido que lo leáis primero con vuestra razón sencilla y con vuestra conciencia. Leído en esta forma, hará que vuestra conciencia se estremezca en todas sus páginas ante el bien, la verdad y la belleza moral que las transfiguran; os arrancará gritos de entusiasmo y cerrareis frecuentemente el libro, conmovido y encantado, diciendo como Rousseau: "Si la vida y la muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y la muerte de Jesucristo son de un Dios!"

Observad, Señores, que al pedir os que leáis el Evangelio con la conciencia, no tengo otro objeto que provocar por medio de esta lectura la afinidad de vuestra conciencia con el héroe de este libro, Jesucristo.

No me atrevo á ponerme en escena, eso es siempre delicado, pero lo hago por vuestra instrucción. El estudio de la historia y la lectura profunda del Evangelio me han permitido entrar en contacto íntimo con Cristo; le he evocado como podría evocarse á un sér que ha desaparecido hace largo tiempo, pero que ha quedado gravado con rasgos invorrables en páginas en que todo espíritu franco puede encontrarlo.

¡Y bien! yo os lo declaro, yo os doy testimonio de ello,

he visto elevarse ante mí el sér humano al cual no se resiste; me ha inspirado una confianza absoluta, una confianza para caminar en pos de él á través del hierro y del fuego; su belleza moral es deslumbradora, una verdad superior envuelve toda su doctrina. Su santidad irradia en sus menores acciones, una virtud emana de él; ejerce una especie de magia á la cual ningún espíritu sincero, sencillo,—digamos sencillo—puede sustraerse.

Cualquiera que sea el resultado de esta lectura, yo os la pido; yo no doy aquí pruebas, soy un terapéutico, quería daros el bien de la fe, curándoos del mal de la incredulidad. Es mi deber, más aún, es mi derecho. Me interrogais sobre los medios de creer; os los indico como los sé, sencillamente, y como la experiencia me los ha hecho conocer.

Ante todo, Señores, tomad el eterno Evangelio como libro de cama, como libro de viaje.

Cuando esteis cansados de los negocios del día, ó de las fatigas de la vida, leedlo y volvedlo á leer, no como poetas, no como académicos, críticos al por menor; no como doctos profesores del Colegio de Francia, no como exégetas, no como historiadores, leedlo como hombres. Hay alguna cosa más grande que la imaginación, que la ciencia, que el talento y el genio—aunque se tenga el talento del mundo entero, y el genio de los más grandes—hay alguna cosa que yo pongo sobre todo, y vosotros no me desmentireis, esta cosa, con la cual hay que leer el Evangelio, es la conciencia.

El genio solo se eleva á los fenómenos y sus causas. La conciencia va hasta el bien, y el bien es la última palabra de la causa suprema, de Dios y de Jesucristo.

Cuando hayais leído, releído y vuelto á leer el Evangelio en estas condiciones, estareis en relación con Jesús.

Tened en cuenta que yo no sé lo que pasará después; pero estareis en relación con el sér humano que os he indicado, que os he manifestado como aquel que ha declarado solemnemente su divinidad. ¿Merece crédito, sí ó nó? Esa es la gran cuestión, ella no puede ser resuelta sino por aquellos que se han unido profundamente y por largo tiempo con el Cristo.

El comercio íntimo de la conciencia con la persona de Jesucristo por la lectura asidua, atenta, del Evangelio no es sino el primer paso del que busca la fe; pero no es esto suficiente.

Muchos, en efecto, entre los contemporáneos de Jesús, se han encontrado en contacto con él, lo han oído evangelizar á la multitud, lo han visto curar á los enfermos y sin embargo, ¡qué diferencia! Los unos han creído en él y se han hecho sus discípulos, los otros se han quedado indiferentes, se han substraído á su acción y algunas veces aún se han convertido en sus adversarios.

¿A qué se debe está variedad de actitudes? ¿Por qué estos han visto la luz y los otros han cegado? ¿Qué pasa en lo último del alma en el momento en que Cristo es evocado ya sea por la lectura del Evangelio, ya por la palabra viva del apóstol? No lo sabemos.

Cuando la luz se esteriliza y no se cambia en fe y en virtud, no es la luz la que falta al hombre, es éste quien hace traición á la luz y quien falta á Dios.

¿En qué y cómo?—Jesús vá á enseñárnoslo y á confiar-nos así el verdadero secreto de creer.

“Si alguno quiere venir conmigo—ha dicho él con frecuencia á sus discípulos y á la multitud,—que se renuncie, tome su cruz y me siga.”

Ir tras de Jesús es creer; ir tras de él, es entrar en la fe de su divinidad.

No hay duda acerca de eso. El discípulo de Jesús, el que quiere seguirle, debe creer en lo que su Maestro afirma de sí mismo y por consiguiente en su filiación divina. Pero, para llegar á esta fe, Jesús enseña una condición necesaria, es la renuncia de vuestra personalidad, es el sacrificio simbolizado con el peso de la cruz.

El camino se estrecha, ¿no es verdad? Si creéis que es fácil ser cristiano, desengañaos. Sí, ciertamente, la puerta que conduce al reino es estrecha y nosotros nos glorificamos de ello. Jesús no quiere en su séquito seres vulgares. A los egoístas, á los satisfechos, á los incapaces de abnegación, de olvido de sí mismos y de sacrificio, los rechaza, y dice en términos que no disfrazan nada: “Si alguno quiere venir en pos de mí, que se renuncie.”

¿Qué significa, Señores, la abnegación personal, el sacrificio de sí y de su personalidad?

La personalidad humana puede manifestarse en la inteligencia, en la razón, en la voluntad, en las ambiciones, en los intereses, en las afecciones propias: pero sobre la razón privada y el espíritu sistemático, existe la razón á la cual he apelado constantemente entre vosotros, la impersonal, la eterna razón; sobre la voluntad gobernada por aspiraciones é intereses personales, hay la voluntad universal del bien y de Dios; sobre los amores ligeros, egoístas y que pasan, hay el amor desinteresado, eterno y que no pasa.

Cuando Jesús nos pide el sacrificio y el abandono de nosotros mismos, no nos pide, Señores, el sacrificio de la eterna razón, de la voluntad universal del bien y de los intereses superiores de la humanidad y de Dios; nos pide el sacrificio de nuestras ideas propias, de nuestras ambiciones mezquinas, de nuestros intereses egoístas; esto es lo que constituye, en el sentido humano de la palabra, la per-

sonalidad. Pero es preciso añadir que el hombre se aferra á esta personalidad más que á cualquiera otra cosa.

El desdén la razón universal, incorruptible y ni piensa siquiera en el bien universal, en el bien general. Los intereses, si no le atañen directamente, aún los de la patria y con mayor razón los de la humanidad, acerca de los cuales algunos declamadores hacen tanto ruido, esos intereses ocupan poco lugar en la vida individual.

Lo que ocupa, lo que llena, lo que tiraniza al hombre, es la complejidad de egoísmos voraces: egoísmo del espíritu en nuestros pequeños sistemas, egoísmo del amor en nuestras pequeñas afecciones, egoísmo de los intereses personales por los cuales todos disputan y que no valen verdaderamente la pena de esta lucha.

Ahora, si quereis seguir á Jesús y tener fe en su divinidad, es necesario sacrificar todo eso, él lo ha declarado: el sacrificio es la puerta por la cual se va á él.

“Si alguno quiere venir en pos de mí, que se renuncie á sí mismo.”

¿Lo quereis? Mientras en el sentido humano de la palabra, más considerable es la personalidad, en nuestro pequeño mundo, observadlo bien, Señores, mientras más inficionado se está de filosofía propia, de ciencia sistemática, inflado de poder, dominando muchos otros hombres por la influencia del talento, de la autoridad ó del dinero, mientras más extensión se tiene de afecciones múltiples y ardientes, menos se está en disposición de creer.

¿Quereis la prueba, y una prueba histórica? Este Evangelio, á la lectura del cual os he invitado, este Evangelio que contiene á Jesús viviente, admirable, irresistible, refiere cómo ha aparecido en su pueblo. Había entonces hombres en el poder—siempre hay hombres de esa clase—pue-

de faltar el pan, un poder, poder religioso, poder nacional, ¡jamás!

Había hombres de ciencia, doctores de la ley que la conocían hasta la última jota y que se vanagloriaban de ello como del supremo título de gloria.

Había y hay todavía, opulentos, aún cuando otros mueren de hambre. Golpeaban á sus lacayos, les enviaban en emboscadas para sustraer los bienes de las familias enemigas ó los de los pobres. Dichosos de vivir—los hay siempre así—teniendo todo para ellos, engordaban aquí abajo, como Epicúreos, ignorando el remordimiento, puesto que no creían en el juez supremo, agotando todo lo que la vida puede dar, cerrando sus entrañas á la conmiseración.

Y además había las pobres gentes, sin poder, sin ciencia, sin riqueza.

He olvidado una categoría, las “gentes santas” que se decían: ¡Nosotros somos los únicos perfectos! Nosotros observamos todas las leyes; nosotros nos lavamos las manos antes y después de la comida; nosotros llevamos grandes phylacteras, según la tradición: ayunamos con rigor dos veces á la semana, cubrimos nuestras cabezas con cenizas; estos eran los buenos, los eternos fariseos!

Y bien, Jesús ha aparecido; el poder lo ha rechazado; las familias opulentas le han desdénado; los sabios, los doctores de la ley le han repelido como un blasfemador de la ley; las santas gentes han sido para él las más inexorables; los fariseos le han perseguido con su odio como á un impío, á él, á Jesús!

Pero los pobres Galileos, todo lo que de más desdénado se puede imaginar en la metrópoli judía; esas intrépidas gentes que no observan mucho la ley, que reconocían aún serle un poco infieles, que no pretendían saber todo lo que enseñaban los Santos Libros, son ellos, esos hombres ile-

trados, sin poder, sin fortuna, sin santidad legal, esos Galileos: Pedro, Pablo, Juan, Santiago, Bartolomé, Mateo, —un publicano— son todas esas gentes de baja esfera las que han reconocido á Jesús. ¿Y por qué? Porque han practicado el abandono de sí mismos, se sentían con una personalidad tan pobre que la han abdicado sin trabajo.

Ya lo veis: el obstáculo es siempre el mismo.

Ciertamente nosotros que transmitimos al mundo, en la sinceridad de nuestra fe, la palabra de Jesús, no tenemos seguramente otra pretensión que ser un eco del Verbo eterno que ha removido é iluminado la tierra. Sin embargo, nosotros nos dirigimos á una sociedad organizada, á hombres que tienen el poder ó el talento,—el talento, gran poder hoy—ó que tienen con la fortuna, la influencia que la riqueza proporciona. Nosotros hablamos hasta á “las santas gentes.”

¿En dónde, pues, la palabra de Jesús encuentra un eco?

El poder sospecha de ella con frecuencia. Los hombres que forman su opinión por la ciencia, por la filosofía, de que parecen tener el monopolio, la desdeñan como á un recurso gastado: ellos harían con gusto un girón de ella para arrojarlo á la calle, y que fuese recogido por el barrendero.

Los hombres satisfechos con la fortuna ¿oyen acaso este eco de eternidad? ¿Qué interés tienen en ello? Lo que les interesa, no es el eco de la eternidad, es el registro de los negocios.

Puesto que veis estas cosas reproducirse en su viva realidad, siempre en virtud de una ley que no falta jamás, retened esto, y es que si quereis creer en Jesús, es necesario renunciar á esta personalidad que es el obstáculo; sin lo que os quedareis con vuestro yo, no llegando jamás á aquel que os llama y que ha puesto por condición

para poder ir hacia él, la abnegación de la personalidad y de los egoísmos múltiples de que se compone.

Ya os oigo: La puerta es estrecha; el camino demasiado escabroso.

Convengo; la puerta es estrecha, el camino escabroso, y, para llegar á Jesús se necesitan energías, como él lo ha dicho.

El reino de los cielos no es un reino de inválidos, es un reino de valientes. Tan sólo lo ganan los valientes: digamos los enérgicos.

¿Existe, sin embargo, un medio de facilitaros esta abnegación del yo, de la personalidad, como la he definido? Sí, Señores, y yo voy á tratar de enseñároslo.

Si el hombre estuviese limitado á su propia energía, abandonado á sus solas aspiraciones, no llegaría nunca á la Fé; se necesita para crear una fuerza divina, la acción secreta, irresistible y suave de el “Espíritu;” es necesario que ayudado de la gracia, el hombre se eleve sobre sí mismo y sobre todo, para permanecer en contacto con la realidad transcendente de Dios.

Existe propósito en el Evangelio, una palabra profunda que me ha hecho reflexionar con frecuencia, y en el misterio de la cual he gustado de perder mis pensamientos, Jesús dijo: “Nadie viene á mí, si mi Padre no le atrae.”

¿Quién es, si no Dios el Padre de Jesús? ¿Y cómo nos atrae Dios? me preguntaba yo.

E interrogaba á mi conciencia y á este fondo de nuestro sér que los hombres no pueden cambiar, ni los medios humanos alterar, porque allí, gracias á Dios, nosotros no sondamos sino la eternidad. Yo miraba este fondo que aspira á la verdad sin limites, al bien sin término, á la belleza absoluta, á la perfección ideal. Yo sentía eso y me